

1ra Jornada de proyectos de Investigación

Doctorado en Literatura
Latinoamericana y Crítica Cultural

6 Oct
17 a 21h
Sede Suipacha



“La desposesión del mensú. Naturaleza y extractivismo en *El río oscuro* de Alfredo Varela”

Benjamín Alías

Quisiera comenzar esta ponencia intentando, aunque de manera breve e introductoria, poner en contexto algunas de las ideas centrales de mi proyecto de tesis doctoral donde apuntamos a reformular una concepción de las literaturas del Sur Global y su emergencia en la primera mitad del siglo XX⁷.

En nuestra argumentación la idea de Sur Global, que intentamos articular, es central puesto que no se concibe desde meras aproximaciones geográficas sino más bien a partir de dimensiones teóricas, ideológicas y representacionales. En ese sentido, pienso que una exploración de gran parte de las novelas de la primera mitad del siglo XX⁸, permitiría interrelacionar autores y textos que marcan *una experiencia compartida* al imaginar distintos modos de crítica al proyecto moderno, la formación cultural más importante de occidente. Esta noción de *experiencia compartida*, se explica como una operación de articulación entre literaturas heterogéneas que se inscriben en el Sur Global dada una coincidencia escritural y temática sobre/contra el paisaje moderno.

En tal sentido, muchas de las literaturas del Cono Sur, por ejemplo, poseen varias obras olvidadas por la crítica, cuya imaginación ambiental permite situar a estas narraciones del siglo XX como visionarias de los excesos del sistema extractivo aunque también como una parte ineludible de la historia de la resistencia cultural al avance moderno.

Un caso importante es la región del Litoral argentino y el sur paraguayo, zonas donde el Estado-nación ha dejado paso a la colonización extractiva, que se revela como un entrelugar que intenta constituirse en su dinamismo en un espacio gobernado por varios órdenes: las agencias naturales, imaginadas no solo a través de la selva sino también a partir del río, una fuerza en movimiento capaz que generar diversos efectos en el paisaje como sobre otros seres vivientes. Pero, por otro lado, también son pensadas a través del cultivo, en la imaginación extractivista, el oro verde: la yerba mate, los yerbatales, una serie semántica que se disputa en el terreno económico y también

⁷ Me parece importante señalar que el recorte temporal no es menor puesto que las indagaciones actuales sobre las literaturas del Sur Global están expandiéndose hacia otras literaturas, como las amerindias, de difícil acceso y habitualmente invisibilizadas por la crítica latinoamericana. Un buen ejemplo es un trabajo reciente de Florencia Garramuño: “La tierra en llamas y el mundo por venir: heterocronías amerindias en la cultura latinoamericana contemporánea” en *Cuadernos Lírico* 24, 2022. Disponible en: <https://journals.openedition.org/lirico/12505>

⁸ El corpus principal de mi tesis doctoral es *El río oscuro* (1943) de Alfredo Varela, *In the castle of my skin* (1953) de George Lamming y *Things Fall Apart* (1958) de Chinua Achebe.

natural⁹.

Alfredo Varela, periodista y escritor argentino, publica en 1943 su primera novela, titulada *El río oscuro*. Escrita a partir de una serie de notas de investigación para la Revista *Ahora*, la obra vuelve sobre la figura del “mensú”, trabajador de los yerbatales del litoral argentino y de Paraguay, pero estableciendo un acercamiento más riguroso a esos primeros antecedentes en la literatura que son las crónicas del escritor español-paraguayo Rafael Barret compiladas en *El dolor paraguayo* o la cuentística de Quiroga cuyos relatos más importantes son “Los mensú” y “Los desterrados”.

La trama se centra principalmente en la explotación de los mensú en uno de los grandes establecimientos misioneros y pone el foco tanto en la vida del mensú y su relación con el espacio, la selva misionera y el Alto Paraná, como en los diversos acontecimientos que rodean a los dos protagonistas, los hermanos Moreyra, que se enfrentan a la violencia ejercida por patronos y “capangas”.

Sin desestimar las lecturas tradicionales que ponen el foco en su realismo social (Portantiero; Avrett) o en su relación transpositiva con *Las aguas bajan turbias*, el film de Hugo del Carril (España; Kriger), proponemos una ubicación alternativa de la obra dentro de una articulación más vasta: las literaturas del Sur Global que, a nuestro juicio, se centran en la interrelación del mundo del subalterno, en este caso el Mensú, con las agencias naturales como resistencia al proyecto moderno.

Nuestra hipótesis de lectura sobre la novela es la siguiente: donde el paisaje selvático y violento, que representa el Alto Paraná, pareciera establecer una alianza con el capital extractivo, el propio destino necropolítico del mensú posibilita, sobre el final, la organización política. A nuestro juicio, algunos pasajes de esta narración ponen el foco en los elementos no-humanos y sus relaciones con el mundo subalterno y pueden ser reinterpretadas desde una perspectiva ecocrítica y material.

Lo primero que hay destacar de la novela es la región del Alto Paraná, una zona que, tanto en la imaginación de Alfredo Varela como Rafael Barret, excede lo nacional cuando notamos la presencia de trabajadores paraguayos, argentinos y brasileños cuya lengua de circulación es una hibridez entre el guaraní y la lengua colonial. En tal sentido, la ausencia de la república en la región se traslada a la novela como una elipsis, una pregunta que el lector hace posible: ¿Quién reina en el Alto Paraná?

⁹ Zonas que han sido abordadas e imaginadas ampliamente por la literatura como *El dolor paraguayo* de Rafael Barret, una gran cantidad de relatos del uruguayo Horacio Quiroga y *El trueno entre las hojas* de Augusto Roa Bastos. En el cine las transposiciones de estos textos son importantes *Los prisioneros de la tierra* de Mario Soffici de 1939, *Las aguas bajan turbias* de Hugo del Carril (1952) y *El trueno entre las hojas* de Armando Bo (1956)

Si el mundo moderno está presente en la dimensión extractivista que opera sobre todo ser viviente, encuentra, consecuentemente, su contracara antimoderna en el paisaje selvático actancial que devora los cuerpos de los mensú y los devuelve inertes a la “civilización”. El ciclo de vida del mensú que escapa del yerbatal se encuentra regido por mecanismos reguladores instituidos a partir de una alianza entre la brutal naturaleza del Alto Paraná y la violencia de los patronos y capangas de los establecimientos.

La idea de sacrificio entendida como un compromiso con la comunidad (aquí apunto a Hubert y Mauss) podría ponerse en duda. ¿Es un pacto entre la naturaleza y quienes gobiernan en el establecimiento? Dos hipótesis de lectura son posibles, la naturaleza con su carácter totémico recibe el sacrificio del mensú por el asedio constante de sus hachas allí arriba en el monte o, por el otro lado, también como gesto de advertencia de los “capangas” para cohesionar y doblegar a los mensú. En todo caso, la idea de sacrificio presupone una afinidad a los dos órdenes manteniendo así el *status quo* de la zona. Una estabilidad, que por otro lado, abrumba con su violencia.

Las agencias naturales recurrentes el escenario misionero y su carácter actancial es señalado a partir de su pasividad. En el comienzo de la segunda parte “En la trampa” la narración se refiere tanto a la selva como al Paraná:

“Hasta Posadas solían bajar los cadáveres boyando. El Paraná traía en su amplio regazo que nunca se niega, la terrible carga. Al llegar a la vera de esa loma poblada por el rancherío, abandonaba los cuerpos, como desligándose de toda responsabilidad. Él no sabía nada o, como la selva, lo sabía todo pero callaba” (Varela 21)

El río, en cuya descripción se asienta la metáfora de un caballo, traslada los cadáveres muertos entre la zona selvática y la plantación. La pregunta con respecto a una equivalencia con la selva es sugerente, el nivel de alianza con la violencia extractiva es, en toda la novela, una incógnita importante que se torna difícil de decodificar.

En ese marco, los mensúes se sitúan aquí en el umbral entre lo humano/no humano. Es patente el comienzo del primer capítulo de la novela, “Galope en el río”:

Sus rodillas son como dos clavos ardientes que lo unen a la tabla resbalosa. A veces los pies pierden el contacto; las manos, casi insensibles, aflojan el abrazo que separa al hombre de la muerte. Pero las rodillas permanecen firmemente en su lugar, adheridas como ventosas, a pesar de las llagas que se han formado donde antes hubiera piel resistente y dura.

La conciencia humana se ha ido alejando poco a poco del mensú, a medida que disminuyen sus probabilidades de salvarse en su lugar va surgiendo, más seguro, certero, realmente vital, el instinto. El instinto no sabe de los

ridículos temores del hombre, no conoce la duda ni la ansiedad. Se halla perfectamente ensamblado en la naturaleza y en la vida. Sacude a las reservas, adivina y emplea todos los recursos que facilitarán la salvación. Por eso el mensú puede extraer nuevas e insospechadas fuerzas de ignorados depósitos, por eso los dedos se convierten en acerados garfios y los pies afirman con destreza en las cañas y las rodillas se niegan a desprenderse de ese único trozo sólido, lejano remedo de la tierra, en medio de las aguas barbotantes. A unos palmos de la locura, famélico y exhausto va regresando velozmente hacia la animalidad que puede salvarlo. Por eso ha recobrado la antigua posición de la especie, por eso se halla en cuatro patas, desechando la insegura verticalidad del hombre civilizado. (Varela 5)

¿Es la selva la responsable de ese cambio de estado del mensú? ¿Puede, en efecto, un camino fuera de la civilización salvarlo?

El primer pasaje de la novela no narra un espacio estático sino puramente actancial en tanto se confunde con parte del cuerpo del mensú. No hay, en efecto, una descripción topográfica, apriorística y objetiva como ocurre en muchas novelas decimonónicas (Zubiaurre, 2000) sino más un espacio que se despliega en términos depredatorios.

Indudablemente, es sintomático que el autor comience la novela con este pasaje. Pero lo es aún más que termine la novela con la posibilidad de la organización sindical de los trabajadores de los yerbatales. Porque lo que se indica allí es que hay una tensión existente entre dos formas de salvación ante la desposesión que lleva cabo el capital extractivo: la primera refiere a la política como posibilidad de rebelión en los trabajadores que se organizan en un sindicato y, la segunda, un proceso de desubjetivación que implica un devenir animal como posibilidad de simbiosis con otras agencias no-humanas, un camino por fuera del afán civilizatorio.

Exploraremos, en estas páginas, esta segunda posibilidad que surge cuando el mensú escapando de las garras de los sistemas de control de la plantación, de su destino necropolítico (Mbembe) ejecutado por el capataz-colaborador, se adentra en la selva. Parece que el cansancio, las heridas pueden terminar con su vida, pero el entorno termina absorbiéndolo. Se trata de pensar que allí está el comienzo de una transformación subjetiva del Mensú: un trayecto que vincula, necesariamente, precariedad (Lorey) y animalidad. El narrador rescata, en consecuencia, el instinto como la cualidad central del mensú a medida que va perdiendo la conciencia humana.

El instinto del mensú, gesto primario que configura este umbral entre la conciencia animal y la conciencia humana, se revela por partida doble: como mecanismo de supervivencia pero también, y paradójicamente, como distinción que inscribe la vida en el paisaje selvático. Configura el instinto una latencia, un eco de lo viviente en su mínima

expresión. Hay, consecuentemente, un ensamblaje entre vida y naturaleza en el cuerpo del mensú que atraviesa dos estados.

Primero, una reconfiguración animal del mensú. El cuerpo que se va transformando, las uñas que crecen, los pies que se afirman al entorno fluvial, la orilla, el agua sucia de la orilla. Pero también, la postura cuadrúpeda que permite los desplazamientos por las zonas hostiles que rodean el Alto Paraná. Postura que, como señala el narrador, permite establecer una diferencia sustancial entre la civilización y la barbarie. La barbarie, el afuera de la civilización y el mundo animal se anudan, por consiguiente, como estrategia de sobrevivida en el mensú.

Lo que hay allí, en definitiva, es un *ensamblaje*, como marca el narrador, entre la vida del trabajador precario y la naturaleza hostil del Paraná. Las extremidades humanas son parte de una refuncionalización animal que presenta ahora una nueva subjetividad: el mensú de la sobrevivida que, sin embargo, no está lejos de la muerte.

Pensamos que la idea de ensamblaje es más oportuna que el devenir animal deleuziano puesto que los diferentes elementos que se anexan sobre el trayecto hacia la muerte del mensú mantienen su identidad. Lo que queda del mensú que el río ahoga y devuelve sucesivas veces es, consecuentemente, una articulación de carácter heterogéneo.

La idea de ensamblaje, que tomamos de Jane Bennet, se construye como una anexión de diferentes elementos, sin jerarquías, sin centro, “materias vibrantes” de toda clase. Ningún elemento o materia del ensamblaje decide sobre la trayectoria del conjunto. En ese sentido, en la novela la decisión final sigue siendo del río y la selva. Cada elemento o protoelemento del ensamblaje, dice Bennett, “tiene una cierta fuerza vital, que sin embargo, es efectiva, cuando se organiza en el conjunto: “una agencia de ensamblaje” (Bennet). Sobre esa cierta fuerza vital se asienta la sobrevivida del mensú, una estadio de semiconciencia humana-animal entre la vida y la muerte.

Ese estadio de semiconciencia concluye dejando atrás los ensamblajes corporales entre naturaleza y mensú para dar lugar a otro estado cuya especificidad ahora es temporal y que se configura como una antesala de la muerte:

Finalmente el mensú se abandona, se deja estar, pierde todo contacto con la enloquecedora realidad actual y se evade hacia las brumosas regiones del pasado, hacia lo que en un tiempo tuvo fuerza y pesó en su existencia que entonces no estaba librada al desenfrenado galopar de un río. A veces ocurren así las cosas. Cuando el hombre está por despedirse de la vida, solo se vuelve sensible para su experiencia anterior. El presente va achicándose, se esfuma, desaparece. En su lugar aparece un puente. El que

une el pasado con el futuro. A lo mejor, con la muerte. (Varela 10)

El último gesto viviente del mensú es interno, se da en su conciencia y es un retorno al pasado. En la exterioridad solamente es un cuerpo cuyos restos materiales y acuosos comienzan a galopar sobre el río. Este proceso de desmaterialización, de transformación en restos humanos y no-humanos es narrado patentemente como lo que queda de un cadáver que flota: “Ahí en la playa, quedaban los cuerpos de los pobres mensú. A veces estaban desnudos. O si no les quedaban jirones de ropa y jirones de piel. O solo huesos machucados”. Y más adelante pero ya evidenciado toda pérdida de subjetividad e identidad:

Los muertos del Alto Paraná no tienen ni apellido ni familia. Y ni siquiera rostro, porque los peces hambrientos se los han picoteado durante el largo viaje, hasta dejar unas cuencas profundas, unos cartílagos temblorosos, un hueco inmenso donde antes hubo una boca que sabía decir palabras dulces o humildes o carajear borrascosamente. Los muertos del Alto Paraná no tienen historia.

La desmaterialización del cuerpo, de los rastros subjetivos, de la identidad del mensú es funcional al patrón que se cargó una deuda. La naturaleza acuática ha hecho posible tal desmaterialización por la distancia entre los yerbatales y Posadas. Hay, en efecto, un largo trecho que los cuerpos recorren. En tal sentido, se da un proceso inverso: los mensú son trasladados en un barco arrendado por el establecimiento y vuelven, si es que vuelven, por el mismo río. Es un ciclo que solo es roto cuando el trabajador se transforma en resto o se disuelve para siempre.

Lo que sigue es, consecuentemente, su inscripción en una necropolítica regulada por la ley del Alto Paraná. El destino necropolítico del mensú se presenta, por consiguiente, cuando la vida deja de latir y los cuerpos de los mensú son arrastrados por el río ante la indiferencia y el acostumbramiento de otras subalternidades, víctimas también del sistema extractivo. Vidas humanas y precarias que dejaron de latir, sus únicos rastros vivientes son aquellos sedimentos de la selva y el río que se han adherido a su cuerpo sin nombre.

La condición necropolítica del mensú es legible en dos momentos: durante el trabajo en la plantación sujeto a la violencia recurrente en el establecimiento del yerbatal. Sobre este aspecto dice el filósofo camerunés Achilles Mbembe: “Es manifiesto el transcurso violento de la vida de un esclavo si consideramos la disposición del capataz a actuar de forma cruel e inmoderada o el espectáculo de sufrimientos infligidos al cuerpo del esclavo” (Mbembe 26)

En el cuerpo del mensú se confunden las marcas del trabajo y de la crueldad de los capangas. Esas marcas permiten que el mensú decida si perece en el yerbatal o, por el contrario, se arriesga a escapar a la selva. Sobre esta última posibilidad Korn y Trímboli, dos especialistas en la obra de Alfredo Varela, argumentarán que:

Mucho más que una manifestación, la fuga- fuga de mensú-, individual o de pequeños grupos, bandas- es el fantasma que recorre *El río oscuro* hasta volverse realidad. Más que prerrevolucionario, hay un tono que podríamos llamar prepolítico dado por la búsqueda a tientas de las herramientas para alcanzar una vida más justa apenas entrevista (Korn y Trímboli 38)

La posibilidad de escapatoria definida como una instancia prepolítica se vuelve, en efecto, una utopía posible en tanto el mensú pueda superar al capataz o, por el contrario, sobrevivir a la violencia selvática. Pero en tanto esto no ocurra, indefectiblemente, el trabajador del yerbatal se acerca a un segundo momento necropolítico, una vez que su cuerpo es arrastrado por el río y llega a Posadas.

Allí concluye, consecuentemente, el destino trágico del mensú, una vida que se inscribe, como comentamos anteriormente, en una necropolítica a partir de la constatación de los posadeños que ven acercarse los cadáveres a la orilla.

Bibliografía

Andermann, Jens (2018). *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Santiago de Chile: Metales Pesados.

Athanasiou, A. y Butler, J. (2017). *Desposesión: Lo performativo en lo político*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Avrett, Robert (1944). "Review of *El río oscuro*", *Books Abroad*, Vol. 18, No. 4 (Autumn), p. 355.

Barret, Rafael (1978). *El dolor paraguayo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Bennet, Jane (2022). *Materia Vibrante*, Buenos Aires: Caja Negra Editora.

España, Claudio (2000). *Cine argentino, industria y clasicismo (1933/1950)*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

Garramuño, Florencia (2022). "La tierra en llamas y el mundo por venir: heterocronías amerindias en la cultura latinoamericana contemporánea" en *Cuadernos Lírico* n°24, pp. 1-12. Disponible en: <https://journals.openedition.org/lirico/12505>.

Korn, G. y Trímboli, J. (2015). *Los ríos profundos*, Buenos Aires: Eudeba.

Kruger, Clara (2009). *Cine y peronismo: el estado en escena*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Lorey, Isabell (2016). *Estado de inseguridad: gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de sueño.

Mauss, M. y Hubert, H. (2010). *El sacrificio: Magia, mito y razón*. Buenos Aires: Las Cuarenta. Traducción de Ricardo Abduca.

Mbembe, Achilles (2011). *Necropolítica*. Barcelona: Melusina.

Portantiero, Juan Carlos (2011). *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Buenos Aires: Eudeba. Prólogo de María Teresa Gramuglio.

Varela, Alfredo (2020). *¡También en la Argentina hay esclavos blancos!* Buenos Aires: Omnivora Editora.

—. (1967). *El río oscuro* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Benjamín Alías

Editor y Magíster en Literaturas en Lenguas Extranjeras y Literaturas Comparadas (UBA). Es docente en la Carrera de Edición (UBA) y en el Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés. Es estudiante avanzado del doctorado en Literatura Latinoamericana y Crítica Cultural (UdeSA).



Universidad de
San Andrés